

El abuelo rojo

- © Del texto: 2016 y 2023, Isaías Romero Pacheco
- © De las ilustraciones: 2023, Alejandra Vélez Giraldo
- © De esta edición:

2023, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S Carrera 11 A # 98-50, oficina 501 Teléfono +57 60 1 3906950 Bogotá–Colombia www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-01-7

Impreso en Colombia Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición: septiembre de 2023

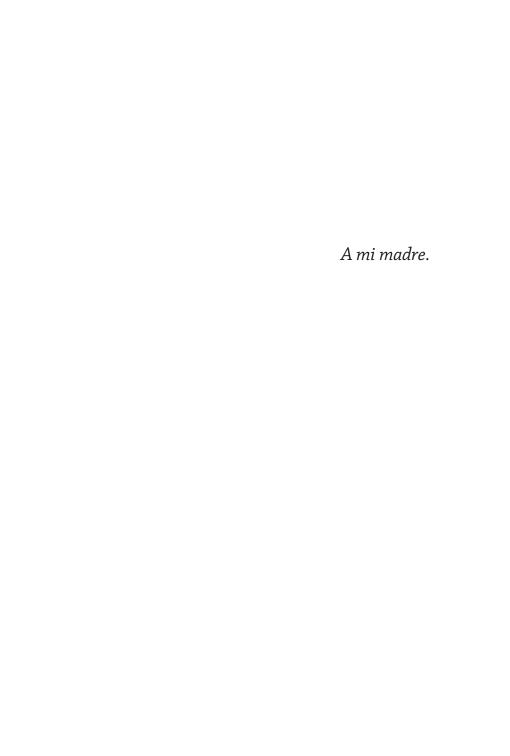
Dirección de arte de la colección: José Crespo y Rosa Marín Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El abuelo rojo

Isaías Romero Pacheco Ilustraciones de Alejandra Vélez Giraldo





El abuelo y el Negro

Tras el diente de leche que se le cayó, brotó otro. Casi instantáneamente. Un pequeño molar blanco y brillante.

- —Brillante, como los discursos del Negro—dijo el abuelo.
- —¡Qué raro! —se dijo Marianita—. Es muy blanco, no parece mío. ¡Abuelo!
 - —Dime, preciosa.
- —¿Será que si meto este diente en agua y espero unos minuticos tendré un vaso de leche para comer con las galletas que me mandó mi madrina?
- —Mi vida, mi Mariana, cuando el Negro sea presidente, tendrás mucho más que un vaso de leche para tus galletas —replicó sonriendo el

abuelo y señaló el cuadro de Gaitán que colgaba en la pared de la sala.

Mariana se quedó mirando a Gaitán a los ojos y de repente le pareció que la miraban con pesar. Se volteó para comentárselo al abuelo, pero descubrió que estaba sola. Era de noche, y sintió tanto miedo que gritó.

Entonces se despertó y al instante vio llegar al abuelo, que la abrazó fuerte.

—Solo fue un mal sueño, mi vida. Ven, vamos a la sala que allá se está más fresco.

Mariana lo siguió y se acomodó en una silla cerca de él. El abuelo Brahim le pidió que le contara el sueño para ver juntos qué la había espantado tanto. Cuando ella terminó de contarle, él guardó silencio un instante y, acariciando la espalda de Marianita, sentada ahora en sus piernas, señaló el cuadro de Jorge Eliécer Gaitán que colgaba en la pared, el mismo del sueño.

—El Negro no va a defraudarnos, es como cualquiera de nosotros —dijo.

En la foto sepia, envejecida a juro, Gaitán vestía una corbata oscura sencilla y un saco de solapas delgadas. La expresión del político era la de un líder. Una sonrisa a medias asomaba del lado izquierdo de su rostro zambo y la mirada profunda evidenciaba que el caudillo estaba pensando en cualquier cosa, menos en posar para la foto.

El abuelo sonrió, se levantó y se alejó por el largo pasillo —las baldosas del piso formaban una serie de cuadros dentro de otros cuadros—con el paso lento y difícil de una vejez prematura, resultado del contacto con el plomo en su oficio de tipógrafo. Iba rumbo a su habitación, una de las muchas de la casa La Esquina del Silencio, a buscar un periódico.

El frente de la casa ocupaba una larga cuadra con dos casas más, la de los Pacheco Gómez, familiares cercanos de su esposa, y la de los Gómez Pertuz, familiares lejanos de los Pacheco. En esa casa había cumplido sus sueños el abuelo Brahim: tener una familia y sacar adelante su

12

negocio, la imprenta. Las paredes de la pequeña sala donde se refrescaban en las tardes lucían, aún después de tanto tiempo, algunos adornos puestos por la abuela, al igual que la habitación de Brahim. Pero tras la muerte de su esposa, y sobre todo después de que él tuvo que cerrar la imprenta, algunas habitaciones tomaron poco a poco el aspecto de bodegas donde se amontonaban muebles, repisas, porcelanas, marcos sin cuadros y, también, sacos de plomo con troqueles resistentes, tintas, rodillos y papel.

Mientras el abuelo iba por el periódico, Marianita sintió unas ganas enormes de comerse una jalea. Cogería una de las que hacía su papá para vender, así lo tuviera prohibido. Era una maña que "corregía" cada domingo al confesarse antes de la misa, aunque la verdad no le gustaba mucho oír al cura regañarla. Él insistía en que no era bueno ante los ojos de Dios repetir siempre el mismo pecado y arrepentirse de cometerlo cada ocho días, pero al oler las jaleas ella pensaba que, de vez en cuando, Dios

13

también descansaba y que, mientras ella se comía su jalea, él podría estar mirando a cualquier otro niño del mundo que hacía cosas peores. La disfrutó sin remordimiento, lamiendo el azúcar pulverizada que le quedaba en los labios. Pero se empalagó, así que fue a la cocina.

- —Tomasa.
- -Niñamaría.
- —¿Me da un vaso de agua, por favor? Pero bien fría.

Tomasa le sirvió el agua y Mariana se la bebió de un solo sorbo. Los rastros de la jalea desparecieron y entonces escuchó la voz del abuelo.

—Marianita, Nanita, ven, por favor...

Como todas las tardes, había llegado la hora de leer con el abuelo Brahim la prensa que le guardaban en la botica. Generalmente eran los periódicos de la semana, *El Heraldo*, en particular, que prefería porque de vez en cuando sus dueños daban visibilidad a las ideas liberales en sus páginas. Con suerte se colaba entre los



periódicos alguno de la capital. Al abuelo no le importaba que fuesen de fechas atrasadas. Eso lo sabía bien el farmaceuta, a quien le resultaba más práctico regalarle a Brahim los periódicos que no se vendían antes que botarlos. Así le devolvía, en parte, los muchos favores que le había hecho cuando la tipografía funcionaba.

—¿Algo sobre el Negro, mi niña? —preguntó el abuelo, y Mariana se sintió forzada a leer un poco más rápido.

Había una nota de prensa sobre la Comisión Interamericana de Mujeres, que se reuniría el miércoles 30 de marzo en Bogotá en una conferencia internacional a la que no habían invitado a Gaitán, y el anuncio de que Bocas de Ceniza tendría un nuevo dragado.

—¿Viste de cuándo es el periódico, Nanita? Era una pregunta frecuente del abuelo, así que Mariana leyó la fecha rápidamente:

—Domingo 28 de marzo de 1948.

Mariana sabía que el abuelo no veía muy bien, así que siempre le causaba curiosidad la

facilidad con la que le atinaba a la ubicación de las notas de prensa que le interesaban. Esta vez no fue la excepción.

—Busca en la página tercera —la apresuró, y justo allí Mariana encontró un artículo que registraba, con indignación, el continuo asesinato de líderes del Partido Liberal en diferentes regiones del país, un "río de sangre que —leyó— no detuvo la Oración por los Humildes que Gaitán pronunció el 15 de febrero en el funeral de varios de sus seguidores, en Manizales".

Mariana calló cuando terminó de leer el artículo, deseando que llegara pronto su mamá para aliviar la tristeza que le había caído encima al abuelo mientras ella le leía.

Como todas las tardes, Merina estaba por llegar del trabajo que había conseguido gracias a la influencia de Brahim. Era un trabajo que muchas envidiaban: armar puros con hojas de tabaco cultivado en los Montes de María y empacarlos en cajas que luego despachaban hacia

17

el puerto de Barranquilla, rumbo al exterior. Era un trabajo esporádico, sujeto al ritmo de las cosechas, que le permitía atender los gastos de la casa y algunas de las necesidades de la niña, ahora que la tipografía estaba definitivamente cerrada y la plata que conseguía Fermín con las jaleas no alcanzaba. A eso había que sumarle que los ahorros de Brahim se iban acabando.

Mientras armaban los puros, Merina y sus dos compañeras conversaban sobre la Conferencia Panamericana que se organizaba en Bogotá. Ilustres visitantes de las Américas hablarían, entre otras cosas, de los derechos de las mujeres, aunque Gaitán no estaba invitado a participar. "Una injusticia", reclamaba Merina, porque él había incluido mujeres en sus comités de trabajo y había propuesto, cuando fue parlamentario, que las mujeres estudiaran en la universidad.

—¿Se imaginan? —dijo Merina—. Ser médico o abogado y no tener que depender de trabajos domésticos, de las costuras o de labores

como estas, que casi que rapamos de las manos de los patrones porque no hay más para hacer. Yo misma le escribí a Gaitán para apoyar esa propuesta y me respondió personalmente, invitándome a convencer a mi marido de votar por él en la campaña para presidente y así hacer realidad ese sueño.

- —Dicen que eso no es raro —le respondió Teresa, una de sus compañeras—, que responde él mismo las cartas que le llegan de todo el país, y que en algunos municipios se han formado grupos de mujeres decididas a seguirlo.
- —¿Y cómo no hacerlo? ¿Sabe qué más me escribió? Que va a sacar adelante la ley que nos permitirá votar por nuestra cuenta. Es el único que piensa en nosotras de verdad.
- —Merina, estoy segura de que Gaitán será nuestro próximo presidente —le replicó la otra compañera—. Imagino que usted no tiene que convencer a Fermín de votar por él, como le acolita todo a su papá...

Merina sonrió y se quedó callada, pensando en que eso era cierto. Desde que ella se lo había presentado como un compañerito que venía a hacer tareas, ya nunca salió de su casa. Ya por entonces se volaban después de la escuela a la charca larga, a pescar, o se quedaban en las tardes bajo la sombra de un membrillo imaginándose esposos. Pronto Fermín entró a trabajar como ayudante de la tipografía y terminó de ganarse a Brahim. Tanto que cuando murió su



mamá, su única familia, Brahim le ofreció un cuarto en la casa. Entonces, el romance había sido imparable y, con la aprobación de Brahim, terminaron casándose cuando aún eran muy jóvenes.

Pensar en su familia hizo que Merina se apresurara a terminar el trabajo del día. Siempre, al regresar a casa, le llevaba a Mariana un dulce, algún antojo que la compensara por su ausencia, así que pasó por la tienda y le compró un pedazo de pan cortado con delicadeza para dejar ver una vena de guayaba.